

LA IGLESIA FRANCESA AVANZA

EN marzo ha publicado el episcopado francés una nota conjunta sobre los problemas sociales del país vecino.

Y como siempre ocurre, a pesar de lo sincero y fuerte del documento, los periódicos católicos lo han mirado bajo muy distinto prisma, según sus tendencias particulares.

Los avanzados —como «Témoignage Chrétien»— dicen: «no ha existido hasta ahora más severa condenación del capitalismo, y de una política económica liberal, o sea, de obediencia a las reglas del provecho».

Los moderados —representados por «La France Catholique»— dicen que el régimen económico actual de su país no ha recibido «ni condenación ni consagración».

Sin embargo, es obvio que de su lectura desprendemos una impresión bien clara: el episcopado galo quiere dar un paso adelante. No sólo comentando etéreamente la situación económico-social del país, sino enjuiciando moralmente las líneas del desarrollo económico, que allí se está propugnando desde hace años. Y para que no haya ninguna duda, afirman secamente los obispos: «estas reflexiones no suponen la consagración del régimen económico nuestro».

EL punto de partida de esos dirigentes católicos es bien realista. «Acontecimientos dolorosos: cierre de empresas, cambios, despidos, crisis tanto en la industria como en la agricultura y el comercio, han llamado la atención, estos últimos años, sobre la difícil situación del empleo en cierto número de trabajadores».

Pero como alguien podría alegar que estas transformaciones son producto de una simple crisis pasajera, los obispos señalan lo contrario: «estos hechos no están sólo ligados a dificultades pasajeras de las que parece salir hoy la economía francesa; sino que lo están a un cambio radical de nuestra civilización. Y, por eso, pueden todavía multiplicarse».

Y termina esta introducción, diciendo: «Más allá de las crisis locales, es la sociedad entera la que cambia, y entra en una nueva era».

La lección del Concilio se la han aprendido bien. Y, en vez de querer hacer ver, con tesón digno de mejor uso, la igualdad de la postura actual de la Iglesia con la de otros tiempos, o su afán de no comprometerse a enjuiciar una situación histórico-social determinada, piensan que moralmente se sienten obligados a adaptarse a los nuevos procesos de la época, y aguzan su sentido crítico, para orientar a los católicos con su testimonio cristiano de cara al mundo.

Hoy pedimos todos mayor interés en la Iglesia por nuestras cosas de hombres en el mundo —como ha hecho el Concilio ejemplarmente—; y, por otro lado, menos intervenciones autoritarias.

Hace poco lo recordaba yo, desde estas columnas, citando al mejor teólogo católico actual: Karl Rahner, S. J. Dentro de unos años nos sonreiremos benignamente de este afán «anatemizador» que predominó en algunas épocas de la Iglesia, pero que ahora están en vías de superación.

Se vislumbra en el cristianismo un nuevo —y muy antiguo— concepto de la autoridad. Una idea más semejante a la de aquellos primeros siglos que se definían por una unión de amor más profunda que la que ahora vemos, y por eso la autoridad de la Iglesia se veía como una presidencia en el amor.

El Papa lo recordó durante el Concilio, citando a San Ignacio de Antioquia, el mártir de su osado cristianismo. Y Pablo VI está dándonos ejemplo de practicar lo mismo que piensa, evitando toda condenación y anatema, incluso quitando excomuniones, como la que pesaba sobre los católicos que intentaban el matrimonio con un protestante delante de un ministro no-católico.

Por eso nos gusta esta actitud seria, medida y hasta un poco áspera de la jerarquía francesa; pero que está en la línea de un auténtico testimonio de preocupación por los problemas de los hombres; pero que al mismo tiempo evita la intervención autoritaria o condenatoria, el estilo de los gobiernos de los hombres. Hoy tiene más fuerza un testimonio valiente, como el de que dan muestras, que un anatema.

Podríamos resumir su actitud: ni miedo a las reacciones más o menos favorables que produzca su toma de posición; ni apelación a los castigos morales o religiosos en la expresión de sus posturas.

El manera semejante al afán productor de U.S.A., en la primera mitad de siglo se manifiesta en el mundo un proceso acelerado de producción. Pero, no nos engañemos: si su aspecto es parecido al de Norteamérica, entonces, en el fondo, el mundo ha cambiado mucho desde las ingenuas —e inmorales— posturas de materialismo productor sin más afán que el meramente cualitativo. No se trata de tener todos un coche, y después cambiarlo cada pocos meses, para luego tender a tener cada familia dos; y así ir incrementando numéricamente los objetos sin tino ni finalidad.

Ahora este proceso económico se ve más bien —en su motivación más honda— como producto del «dinamismo creador que se manifiesta en ésto, y que intenta un dominio creciente del universo, y de sus recursos, por el hombre». El hombre no tiene como ideal la satisfacción mecánica del hombre-máquina; sino la satisfacción de un aumento de poder al enseñorearse de todas las cosas por medio de la ciencia, la técnica y el arte.

¿No es ésta la meta que le ponía Yavé a Adán en el día de su creación? ¿Por qué no hemos de pensar que esto no es una novedad, sino más bien un redescubrimiento?

Y este fenómeno, de tender la humanidad a la consecución de un nuevo hombre más poderoso, no es, sino el ideal que Nietzsche proclamó un poco apocalípticamente hablando del super-hombre del futuro. En realidad de lo que debería haber hablado este inconformista pensador, es de que el hombre accediera de verdad a ser «hombre», porque lo que sí es verdad es, que todos los seres humanos todavía no habíamos alcanzado el nivel de dignidad personal efectiva, que tanto se pregona en la asambleas del mundo y en los textos de los tratados.

Proceso que tiene una dimensión «universal» en personas y sociedades. La interdependencia que necesitan los países, incluso los más desarrollados, pide una nueva solidaridad, que estamos muy lejos de haber comenzado a fomentar

en la práctica. Sólo el egoísmo, a escala mundial, ha servido algo a su realización incipiente. Tan es así, que en el Concilio se manifestaron las opiniones de algunos teólogos americanos, que, a la vista de esto, propugnaron fomentar el criterio del temor —un estímulo egoísta— para impedir, por ejemplo, la guerra atómica. Cosa, que gracias a su sensatez, no aceptaron los Padres conciliares.

Pero esa tentación de usar este «super-egoísmo» como base de las relaciones sociales del mundo occidental —que es el que mejor conocemos— es bien real: las «relaciones humanas» en la empresa, las «relaciones públicas» con el cliente, el «halago» sistemático de la masa en sus peores tendencias, son factores de acción psicológica, en vez de ser considerados en su verdadero valor humano, cuando de verdad lo tengan. Norteamérica nos ha dado ejemplo de ello creando al psicoanalista que sabe aconsejar los anuncios más rentables, por más halagadores de los más ocultos y bajos mecanismos psicológicos; o al experto empresarial en crear una atmósfera de conformismo psicológico beato; o al promotor de ventas que bombardea la opinión con sus «slogans» para no pensar.

¿Cuándo accedemos de verdad a fomentar en todo unas verdaderas relaciones humanas entre individuos, y entre hombre y masa, que fomenten y eduquen nuestra razón y nuestro criterio, en vez de rebajarlo al nivel de una ciega adaptación, por una especie de sutil «lavado de cerebro»? Se impone, en el mundo del futuro, promover la razón del hombre, como base de todas sus relaciones y conflictos, y no les tendríamos peores o menos racionales, como hizo Hitler.

EXISTE una fuerte expansión económica en Francia, no cabe duda. Pero son muchos los que sufren por ella; el proceso no está bien encajado, el más débil sufre excesivamente. Y, sin embargo, «aún a costa de las consecuencias lamentables —dicen los obispos— todos son conscientes de que el crecimiento económico representa un progreso humano; y con todo derecho rehuyen un estancamiento, y aspiran a ver que continúe la progresión».

El oscurantismo de otros tiempos ha sido superado. Ya no entonamos cantos idílicos a la época del artesano o del gremialismo, ni a la atomizada propiedad privada, imposible de ser germen de una productividad a nivel de las necesidades del mundo.

Medite, el que me lea, que el Dr. Sen —Director de la FAO— decía que las perspectivas del hombre en el mundo no son muy halagüeñas, porque se necesitaría una transformación tan radical de la estructura económica de la Agricultura en nuestro planeta, un fomento de los recursos financieros y una voluntad de desarrollo tan grande en el hombre de hoy, que es muy difícil conseguirla. Cada año necesitaríamos aumentar la producción en 5 por 100 para llegar a nivelarnos en el año 2.000. ¿Pero es esto probable?

Y si hay alguna causa que lo retarde, no será desde luego el afán de progreso, sino la ingenua mirada hacia soluciones, impropias por su infantilismo, para la magnitud de los problemas económicos del mundo presente. «La fe... lejos de incitar a frenar este progreso, abre el contrario horizontes cada vez más vastos», dice el episcopado. La religión —siguiendo esta norma— ya no se dirá que es el opio del pueblo.

Pero, entendámonos: «el fin fundamental de todo ello... debe ser el servicio del hombre». No hay verdadero progreso, sino se dirige a la liberación humana de toda atadura o esclavitud que impida que existan verdaderas personas conscientes y libres.

Por eso mismo surgen dos interrogantes en este documento pastoral, que llaman profundamente la atención por su novedad. A mi me parece que es la primera vez que se plantean serenamente y en forma clara, intentando dárles una solución positiva; y no como hasta ahora, que se recomendaba una actitud meramente polémica y negativa, que en fondo suponía una postura utópica.

SIGUE



CHINA BLAU

**La vajilla "AZUL"
Europea que usted
puede comprar
y REPONER siempre
pieza por pieza.**

**De venta en los 36
ESTABLECIMIENTOS ALVAREZ y en los
principales comercios del ramo.**

Avalada por el prestigio de "PONTESA", se exporta
a Inglaterra, Holanda, Suecia, Estados Unidos,
Canadá, Australia, Nueva Zelanda

CHINA BLAU - PONTESA - ROYAL CHINA
PORZELANIT - CHINAMODA - DURAL
SANTA CLARA - CASABLANCA y VANOSA,

son fabricados de
"MANUEL ALVAREZ E HIJOS, S. A."

VIGO.

LA IGLESIA FRANCESA AVANZA

Se dice que es preciso que las necesidades personales no sean de tipo individualista sólo, sino que es necesario tener en cuenta «las necesidades de generaciones futuras».

Siempre habíamos repetido los católicos sociales que no podíamos aceptar una estructura social o económica para el futuro, con sacrificio del presente; y ahora nos damos cuenta, por fin, que no podemos solamente propugnar una solución de presente, sino que hemos de considerar el bien de otras generaciones. El paso dado creo que es decisivo, en la historia de la doctrina social de la Iglesia.

Además —y esta es la segunda observación— «no se trata de producir y consumir cada vez más, sino que hay que interrogarse sobre lo que se produce y se consume». La calidad, y no sólo la cantidad, debe ser nuestro punto de mira. Esta dialéctica mecanicista —de producir más cantidad de lo que sea— que ha asolado el pensamiento económico del capitalismo, está claramente superada en este documento episcopal.

L beneficio puede ser una necesidad; pero «nunca puede ser el criterio decisivo» de una sana gestión económica.

Este pequeño y breve inciso de la nota, es todo un pequeño tratado que debería merecer la reflexión de cuantos han exagerado el factor del interés material egoísta creciente, como principal estímulo de una economía bien organizada.

Lo sorprendente —a mi modo de ver— es que ideas que, después de leídas, suenan tan claras a una mente cristiana, porque están en la línea de un amor efectivo, comunitario y universalista, hayan sido casi desconocidas en muchos tratados sociales católicos; o sólo fuesen tenidas en cuenta de manera muy secundaria. Cuando en realidad es sobre ellas, sobre las que hemos de construir la estructura del mañana, que necesita este mundo de la segunda mitad del siglo XX.

Además «toda la comunidad debe participar en la elaboración de su economía, tanto los cuerpos intermedios, como son las asociaciones diversas y sindicatos y asegurar así los puntos de contacto necesarios entre las personas y el Estado». Participación de todas —como pide también el Concilio—: individuos, grupos sociales, profesiones y asociaciones intermedias, en la marcha general del país.

Y para terminar, unas cuantas normas.

1) «El «trabajo» debe asegurarse a todos», porque «a los ojos de un creyente el sub-empleo es un escándalo, sea cual sea la forma en que se produzca». Pero esto lleva a dos cosas: «atender particularmente a los que la sociedad considere como inadaptados», porque la sociedad debe ser eficaz no sólo para producir, sino para acordarse de los que son seres humanos a pesar de sus taras individuales. Y a preparar profesionalmente a los hombres —que estén suficientemente capacitados— para que puedan salir por sí mismos de sus apuros económicos y humanos. Nada de paternalismos; pero, sí sentido humano con el débil.

2) Las «inversiones» deben ser tomadas como «un deber». El simple consumo egoísta, improductivo, no es ningún ideal moral; ni aceptable tampoco como criterio para un hombre razonable y progresivo. Este deber de inversión no es sólo obligatorio para los particulares —sobre todo para los que poseen bienes fuertes—, sino, sobre todo, responsabiliza a las «diversas colectividades y poderes públicos». Así «el ahorro privado y público estaría destinado a financiar diversos elementos necesarios de equipo», y no el fomento de una vida aburguesada o un Estado prepotente. Además, el juego «planeado», inteligentemente, de la inversión podría dar un fruto inmenso en zonas a desarrollar, como son las regiones agrícolas, que convenga estimular económicamente, impidiendo la emigración que abandone las faenas del campo, haciendo para ello que tengan un trabajo remunerativo y seguro los obreros del mundo rural.

3) Hay que impedir la «especulación» en sus diversas formas, no sólo con consejos morales, que son la mayor parte de las veces ineficaces; sino con una estructura de la sociedad que impida esta cadena de precios montantes en la cual se encuentra uno a veces introducido sin comerlo ni beberlo. «La especulación, especialmente en bienes inmuebles, frenan demasiado a menudo las inversiones productivas»: el dinero fácil, ganado sin trabajo, es siempre a costa de la comunidad.

No se contentan los obispos de Francia con decir —como siempre— que el trabajo debe «subvenir a las necesidades de todos los hombres y de sus familias», sino que se introducen de lleno en los problemas sociales del hombre actual, y exponen unas orientaciones cristianas y humanas, de base ciertamente, pero prácticas y concretas para el momento actual.

Hagamos, pues, esta planeación económica que precisa nuestro mundo, con sentido humano. Y para ello, hagamos que todos los individuos y grupos interesados en ella, «profesiones, regiones, instituciones nacionales o internacionales», participen, pues sin la ayuda de todos no conseguiremos nada.

Y no creamos —como demasiado se ha dicho— que basta para ello con transformar a los hombres; sino que hace falta también reformar las estructuras profundamente, como pide el Concilio.

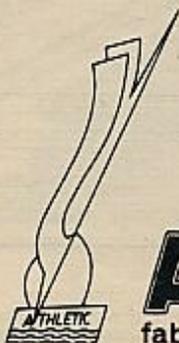
E. M. M

CARVIS



Allí donde hay
mar y sol, hay
trajes de baño
ATHLETIC

El preferido por
la mujer elegante,
por la belleza de
su diseño,
por su maravillo-
sa elasticidad,
y el encantador
realce que pro-
porciona a la figu-
ra femenina.



ATHLETIC
fabricado por FILLAT, S.A.